

Una Beldad

por



Maria Molina Perejamo.

Al finalizar el primer acto de la hermosa comedia de Benavente, «La Ciudad Alegre y Confiada», Montero dió un codazo a su amigo Pepe Ilinojosa.

—Mira: fíjate en aquel palco, el tercero de los principales; ¿has visto que rubiales? ¡de buten! Jamás he visto una mujer tan hermosa.

—Sí, lo es—respondióle su amigo enfilando los gemelos al lugar indicado;—una rubia magnífica. ¡Y qué ojazos!

—Azules...

—Y estupendísimos.

—Qué contraste forma con su compañera, esa morenaza, ¿eh?

—Tampoco es fea. Mejor dicho, me parece hermosísima. Pero ¿qué me dices del contraste que forman las dos, con la mamá, o lo que sea, la sentada detrás de ellas?

Montero rió la gracia de su amigo. La supuesta mamá, era una señora anciana, de buen semblante; pero flaca, arrugadita, con la boca sumida por la falta absoluta de dientes, achicada por los repliegues, huellas del paso de los años; con la cabeza gris—más plata que ébano en ella—, las carnes flácidas, las manos rugosas...

—Eso pasa ya de contraste. ¿Y es posible que de tal aguilucho, hayan salido esas diosas de la hermosura?—exclamó Montero, ítonico, brutal.

Empezaba el segundo acto. Y ocupada su atención por el momento en los personajes de la obra, no volvieron los jóvenes a acordarse de las bellas muchachas, ni de la mamá, hasta que terminado el acto, se encendieron de nuevo las luces de la sala.

Otra vez dirigieron a ellas sus miradas insistentes. Miradas que fueron al fin correspondidas por las dos divinas, que con esa intuición innata en la mujer, se dieron pronto cuenta de la admiración que en los dos jóvenes habían despertado.

En voz baja, procurando no llamar la atención de la respetable señora que las acompañaba, la que no obstante ser toda ojos y oídos no se apercibió de nada, cambiaron sus impresiones.

—Vaya una curiosidad!—dijo de pronto la rubia.

—Es por ti—susurró la morena.

—No, no; por ti.

—Y es guapo el más joven... qué bigotillo más salao, y qué ojos, y qué nariz! Fíjate bien: es de perfil griego.

—Sí, no es mal tipo.

—Mira, ahora dirige los gemelos aquí.

—Y con qué descaro!

—Qué estás mirando?—preguntó intrigada al fin la anciana.

La morena dió un codazo a su compañera.

—Pues miramos a las de Sánchez; allí, en aquel palco. ¡Qué cursis! Y se creen estar irresistibles.

Se apagaron de nuevo las luces, quedando sólo la escena iluminada a tiempo de subir el telón, para dar principio al tercer acto. Pero aun así, hubo canjeo de miradas entre los cuatro jóvenes, que más que verse se adivinaban en la semiobscuridad que en la sala reinaba.

Desde el principio del último acto, no prestaron las muchachas atención ninguna a la representación, así es que sorprendidas al final por la muerte de Lauro, que no supieron explicarse, dijeron:

—No he comprendido esa obra—la una.

—Es bien rara—la otra.

Y fueron inauditos los esfuerzos de la seño-

ra, para que llegaran a comprender cómo había muerto Lauro, y el por qué de morir.



ra, para que llegaran a comprender cómo había muerto Lauro, y el por qué de morir.

—Parece mentira—decía al final de su discurso—no sé para qué venis al teatro... Yo, a vuestra edad, lo comprendía todo; a mí no se me hubiera escapado una palabra de esta comedia, tan profunda, y hubiera adivinado a quienes iban encaminadas las frases intencionales que en ella hay y los tipos que caracteriza. En mis tiempos, pasaba al revés que ahora: se comprendían las palabras, cuanto más profundas mejor, y en cambio, dejaban de entenderse las picarescas. Hoy es todo lo contrario: pasáis por alto una hermosa frase, cuyo sentido es más hermoso todavía y reís los chistes, cuanto más subditos de color, más.

Y terminó su arenga mientras recogía de una silla el bolso y el abanico y las hermosas se

ponían sus abrigo, o salidas de teatro, algo aturdidas por los aplausos finales que aún resonaban en la sala.

Montero e Hinojosa fueron de los primeros en abandonar sus localidades, con el fin de sorprender la salida de las tan admiradas por ellos, cosa que consiguieron después de un breve rato de espera en la puerta del coliseo.

Entre la multitud que salía a la calle, distinguieron a las muchachas, que a su vez también les buscaban con los ojos, convencidas de que las estarían esperando y de que las seguirían tal vez, hasta la puerta de su casa.

Ellas por el momento no les vieron, a pesar de que no quedaba rostro varonil por mirar. Y ya



un gesto de desilusión se dibujaba en los labios de la rubia, y otro de desdenoso desprecio plegaba los de la morena, cuando vió esta última el negro bigote de su admirador, junto al rostro lampiño de su compañero.

Un segundo codazo apercibió a la desilusionada, cuyo rostro, al ver a los jóvenes, se iluminó con una sonrisa, que dejó al descubierto unos dientes que eran su mayor encanto por lo blancos, pequeños y unidos entre sí.

La señora, las seguía sin poder casi alcanzarlas, murmurando:

—Pero, hijas, no corráis tanto! Tened en cuenta que es incompatible la ligereza con las canas.

Pero ellas, como si no oyeran sus palabras, aceleraron la marcha, pasando airosas cogidas del brazo frente a los supuestos pretendientes, envolviéndoles en unas miradas, que querían decir:

—Somos libres, caballeres. Y así, ya que os gustamos, a seguirnos para saber nuestro domi-

cilio, y que nos sea común, dentro de seis meses a lo sumo...!

Eso debieron de comprender sobre poco más o menos los dos jóvenes, pues echaron a andar tras ellas a una distancia lo suficientemente comedida para no llamar la atención y no perder su pista al mismo tiempo. Y cruzaron una calle, y otra, y otra más, hasta que al fin las vieron detenerse frente al portal de una casa de la calle de Serrano. Se detuvieron los amigos en la esquina próxima. Y desde allí vieron cómo como acudía el sereno a abrirles la puerta. A continuación percibieron los chasquidos de unos besos y se cerró de nuevo aquélla, dejando en la calle al sereno que volvió sobre sus pasos a desandar lo andado perdiéndose en la obscuridad, y a una de las muchachas y la anciana, que echaron de nuevo a andar calle arriba.

—Bueno—exclamó el barbilampiño.—Ya sé ahora dónde vive la que desde hoy llamaré diosa de mis sueños. Ahora te dejo en libertad de averiguar en dónde tiene la morada la tuya; buenas noches.

—Aquí no va a haber más morada que tu nariz, después que te propine el papirotazo que mereces—contestó el amigo asiendo de la americana, a tiempo que el compañero le volvía las espaldas.—¿Te parece bien dejarle a uno solo, cuando ya no te hace falta? De manera que te he servido de *cicerone* digamos, para que te me vengas ahora con que te alegras de verme bueno? ¡Egoísta!

—Pero, hombre, considera que...

—Yo no considero nada; lo dicho: eres un egoísta. Y ahora echa a andar para arriba, y ¡ay! de ti si pierdo la pista.

—En ella andas siempre.

—Andrés, Andrés; cuidado con los chistecitos de doble senaído! Anda *pa adelante*, que dijo aquél.

—No es necesario que corramos mucho... ahí las tienes aún.

En efecto, al final de la calle distinguieron el garboso talle de la joven, junto al cuerpo inclinado y oscilante de la mamá.

—Y a todo esto: ¿cuál de las dos se quedó en la otra calle? O mejor dicho, ¿cuál de las dos te has apropiado y quién de ellas me reservas?—interrogó de pronto el poseedor del bigotillo que había despertado el interés de una de las muchachas.—Porque, esta es la hora en que no sé de las dos a cuál persigo.

—Sígues a la rubia.

—Menos mal—dijo Montero apretando el paso, al verlas doblar otra esquina.—Te la cargabas si no.

—De modo que te gusta más la de aurea cabellera?

—Por supuesto. Las rubias son mi debilidad. —¡Ay!... pues yo necesito de las morenas para reconfortarme.

—De lo cual se deduce que los dos cabemos en el mundo, pues si nos llegan a gustar a los dos las de cabellera de querube, como diría un poeta gálico, o las de cabellera endrinada, como diría otro... Figúratel.

—Endri...! ¿Qué has dicho?

—Endrinada; de endrina hombre, comparativo usual en poesía. Y que viene como de perillas para cantar el hechizo de la mujer que empieza ya a sorberte el seso...

Hinojosa, no le escuchaba, pensando en la que desde entonces consideraba, cual nuevo caballero de la triste figura, como su Dulcinea.

—¿Qué cabello más hermoso tiene!—dijo repasando *in mente* los encantos de la joven que desde el primer momento de verla le había entusiasmado.—Y qué rizos los suyos!...

—Pues mira que el pelo de ésta otra! ¿Qué ondulado!—opuso Montero.—Pues ¿y los dientes? Has visto nunca una dentadura tan perfecta?

—¡Quita allá!, la tiene mejor la mía—dijo su amigo con énfasis, empleando el posesivo con gran orgullo.

—¡Vamos, hombre! Cómo se conoce que mirando a la que tanto te gusta, no te fijaste en los encantos de ésta otra... Decir que tiene mejor dentadura la tuya!...

—Pero mira que es empeño el tuyo el de meterme por las narices—atajó Hinojosa apretando de nuevo el paso.—Considera que si al fin llegase a ser de tu parecer, habría lucha.

—Es verdad; tienes razón. Quedémonos como estamos, esto es, creyendo que es la mejor la que cada uno de nosotros ha elegido. ¡Ay, del mundo cuando tengamos todos el mismo gusto y haya sólo un parecer!—dijo filosóficamente Montero, marchando ya a paso de ataque con el fin de acortar la distancia que les separaba de las dos mujeres.

De pronto, pararon éstas casi en seco, frente a la puerta de una casa completamente aislada de las demás. Llamaron al sereno, y mientras le esperaban, volvió la joven varias veces la cabeza, como había hecho durante el trayecto, para cerciorarse de que las seguían. Al comprarlo, sentía el corazón darle grandes saltos en su pecho, y el alma inundada de alegría.

EL MEJOR REMEDIO PARA LOS DOLORES

La anciana en cambio, no podía estar de peor humor, muerta de sueño y de cansancio. Por fin, una voz lejana, contestó a las palmadas con un «Voy!...» que el eco repitió; y poco después, la puerta se abrió para dejar paso a madre e hija. Los dos amigos, en la acera de enfrente contemplaban esta escena refugiados en la obscuridad que proyectaba un caserón solitario. Hinojosa entonces hizo de nuevo ademán de retirarse.

—Espera!—dijole imperiosamente su compañero.

—Pero, hombre, ¿aún más? Yo no he sido tan exigente.

—Un poco; espera nada más a que salga.

gran conocedor de la psicología femenina como has dicho. ¡Canastos con el hombre!

La muchacha permaneció breves minutos en el balcón; seguramente la satisfizo el ver las siluetas de los dos, en la acera de enfrente, y no quiso ya seguir allí. Cerró el balcón con sumo cuidado, para no hacer ruido, y ya dentro, echó unas cortinillas para cubrir los cristales.

Otra tentativa de retirada, por parte de Hinojosa, y otra retención por parte de su amigo.

—Espera,—repitió. Tuvo que resignarse su compañero.

Entre tanto la joven, hacia los preparativos para meterse en la cama. Primero, se quitó la ropa; luego, ¡ras! un ligero movimiento, y en



—Salir...? Ah! a la ventana, vamos. ¡Qué pretensión! Ya, ni se acuerda de ti

—Vamos! ¡Qué poco conocedor eres de la psicología femenina! Te digo que ella sale.

Y efectivamente, como queriendo confirmar lo dicho por su perseguidor, apareció la joven en la ventana del piso principal.

—¿Qué te parece?—preguntó satisfecho Montero.

—Pues que ya hubiéramos podido esperar también frente a la otra casa a ver si salía la «mia». Ya hubieras podido antes hacer esos alardes de

sus manos quedó en forma de peluca, la tan admirada por Montero, cabellera ondulada, quedando con la cabeza igual a la palma de la mano, o un queso de bola; luego, los dientes, aquellos dienteitos tan blancos, pequeños y unidos entre sí, fueron quitados de su estuche y metidos en un vaso, y finalmente a otro fué a parar uno de sus ojos azules y hermosísimos, éste de cristal. De tales estragos había sido causa el tífus que acababa la joven casi de pasar; y entre eso, y lo esmirriado del cuerpo, no visible antes, gracias al corsé, al aditamento que llevaba y a la ropa, quedó la infeliz hecha una lá-

tima; con la cuenca del ojo cerrada, en un perpetuo guiño; arrugada y hundida la antes fresca boca, y como remate a esto, aquella cabeza monda y lironda igual a un melón... parecía, en fin, un ser venido de otro planeta, feo, horrible, infernal.

Se dispuso a internarse entre blancas sábanas, sobre blandísimos colchones y apagó la luz.

Y fué entonces, cuando Montero, cogiendo a su amigo por el brazo, dijo exhalando un profundísimo suspiro:

—Se acostó la hermosa; vámonos!

.....

Lector: no puedo asegurarte si siguió a esto un idilio de esos que terminan recibiendo, en las gradas de un altar, la bendición de un cura; pero, transcribo seguidamente, un suelto que leí en un diario, que llamó en extremo mi atención y que desde luego relacioné con lo que acabo de contarte. El tal sueltecito decía así:

«Anteayer, en la calle tantos, número tantos, entre diez y once de la noche, se dió muerte, arrojándose por el balcón a la calle, el jóven X tan conocido en nuestra buena sociedad.

«Se ignora la causa de tan terrible resolución, llevada a cabo en su noche de bodas. La joven

con quien se había unido, hacia unas horas, negóse en absoluto a salir de sus habitaciones a prestar declaración al juez, que tan pronto tuvo noticias del suceso se personó en la casa, donde aquél tuvo lugar. Más tarde, al ser dicha señora forzada a salir, fué presa de un síncope, por lo que quedó aplazada la aclaración de las causas de este misterioso suicidio, para mañana.

«Todo ello ha sido comentadísimo.

«Mañana, pues, daremos a nuestros lectores más noticias.»

Pero yo, lector, no puedo dártelas, pues asuntos míos particulares, ajenos a mi relato, me obligaron a abandonar la villa y corte aquella misma noche, y ya no volví a ocuparme del asunto.

Confórmate pues, para final de la historia o cuento que te he contado, con este sueltecito y no dudo, convendrás conmigo, en que si no se refiere a los personajes de mi cuento, podría muy bien aplicarse, pues suponiendo llegasen esos amores al feliz término del matrimonio, estarás conmigo en que casi no había otra solución, porque, dime, lector: ¿qué harías si en tu noche de bodas, creyendo haberte unido a la mujer más hermosa del mundo, te encontrases con una visión, fea, horrible, infernal, como venida de otro planeta?
